



E S P A C I O A B I E R T O



Germán Díez Barrio

Saque de esquina

ANAYA





1.ª edición: marzo 2009

© Germán Díez Barrio, 2009
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-8442-9
Depósito legal: M. 1757/2009
Impreso en Anzos, S. L.
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



E S P A C I O A B I E R T O



Germán Díez Barrio

Saque de esquina

ANAYA

*A las ciudades de Melilla y Málaga,
transparentes, luminosas y hospitalarias.*

*Lo pasado ha huido,
o que esperas está ausente,
pero el presente es tuyo.*

PROVERBIO ÁRABE

Las noticias que llegaban a la ciudad imperial marroquí de Fez procedentes de la frontera de Marruecos con Melilla alarmaron a Hamet, un joven soñador, ávido de conocer otras realidades y otro país donde se cumplieran sus deseos de convertirse en un jugador de fútbol de un gran equipo europeo:

Una avalancha humana intenta pasar la valla de la frontera entre Marruecos y Melilla. Fallecen dos personas aplastadas por los propios asaltantes.

«Ahora o nunca —se dijo Hamet—, mañana será tarde y el tiempo correrá en mi contra». En la medina de Fez el Bali, donde se afanaba diariamente, oyó unos comentarios a un grupo de jóvenes que le punzaron en el estómago:

—Están construyendo una doble valla de seis metros que recorrerá la frontera entre Melilla y nuestro país. Nadie podrá pasar a España.

«Es el momento de decidirme —se convenció mientras se dirigía a su casa, situada en la parte vieja de la ciudad, no lejos del barrio de los curtidores—. No puedo

esperar más o estaré condenado a no conocer la tierra soñada. Quiero dejar atrás la vida de miseria y privaciones que me envuelve. El edén no está tan lejos».

El fútbol, según había experimentado el joven, proporciona una inmensa alegría a los que viven en difíciles condiciones, es un juego y una quimera. El deporte rey llena de ilusiones el rectángulo donde compiten sin desmayo tras el bote incierto del balón veintidós jugadores, a veces descalzos, como le había tocado a Hamet. Para muchos es la felicidad concentrada en cada metro del campo.

En la frontera hispanomarroquí se había extremado la vigilancia, especialmente desde el espectacular aumento de inmigrantes deseosos de respirar el opulento aire europeo.

El empujón definitivo se lo dio al magrebí un titular del periódico francés *Le Monde* que leyó en una tienda: «30.000 subsaharianos esperan pasar a la Ciudad Autónoma de Melilla».

Hamet, que el último año había trabajado ocasionalmente de guía turístico enseñando la medina a los extranjeros que lo solicitaban, miró por última vez las cubetas donde los curtidores transformaban las pieles de animales en productos de marroquinería y se dejó llevar por los sentidos, empapándose del olor y de los colores. Después, caminó hacia su casa, un lóbrego y reducido espacio donde vivía malamente con sus padres y sus tres hermanos. La oscuridad de la entrada era un anticipo de la necesidad que allí se respiraba.

—Parece que hoy has regresado pronto, Hamet —le saludó su madre—. ¿No había extranjeros?

—Marcho a España.

—¿Ahora? —se extrañó Fatma por la urgencia. En más de una ocasión le había oído hablar de su deseo

de ir a España buscando un futuro próspero, pero no pensó que la partida fuera tan inminente.

Igual que Hamet, muchos jóvenes marroquíes suspiraban por irse del país, dispuestos a dejarse envolver por el progreso. Envidiaban la argucia de un grupo de muchachos de Oujda que después de fundar un club de rugby y enviaron muchos faxes para que les invitaran a jugar algún partido en Europa. Un club francés les invitó. Los engañosos deportistas consiguieron un visado para Europa y desde entonces no se les había vuelto a ver el pelo.

—Ahora mismo —respondió el hijo—. Cada vez vigilan más la frontera. Me he enterado de que el Gobierno de España va a reforzar las vallas de Ceuta y Melilla con una barrera metálica de seguridad.

—¿Crees que debes arriesgarte? Déjalo para tiempos mejores —pretendió disuadirle la madre—. Aquí tienes casa y comida...

—Y miseria, mucha miseria —la interrumpió Hamet—. Nunca saldremos de esta escasez.

—Hijo, tenemos lo que nos hace falta para vivir, lo necesario.

—No se engañe, madre, no tenemos nada. Yo deseo disponer de otras oportunidades, no quiero morir entre estas cuatro paredes oscuras.

—Pero Fez es una ciudad grande, moderna, con posibilidades...

—Con escasas posibilidades —recalcó él la frase—. Para progresar hay que ir al extranjero. ¿Cuántos hijos de obreros han progresado aquí? Ninguno —se respondió Hamet—, ninguno puede estudiar, solo los hijos de los ricos. ¿Acaso me va a decir que mis hermanos serán unos afortunados y estudiarán?

—Si te vas, no te veremos más —dijo con inmensa pena Fatma.

Cruzaron las miradas. Hamet pretendió tranquilizarla:

—Madre, no voy a arriesgar mi vida pasando a España en patera o en cayuco; además, usted sabe que no tengo dinero para pagar un billete de barco, piden grandes sumas de dinero.

—¿Cómo pasarás?

—Cuando llegue a la frontera, lo pensaré. De momento, tengo muchos kilómetros por delante.

—Es muy arriesgado lo que vas a hacer, hijo.

—Daré todos los pasos con firmeza. Usted siempre dice que soy calculador.

—¿Y si te cogen y te devuelven aquí?

Hamet tenía pensada la respuesta:

—Volveré con la frente muy alta, orgulloso de haberlo intentado. Pero ahora no pienso en eso. Voy a probar fortuna, madre. Quiero conocer otra vida distinta de la existencia desventurada que llevamos aquí. Aspiro a tener lo que otros jóvenes extranjeros tienen: un teléfono móvil, ropa moderna, un coche...

—¡Pero, hijo, quién te ha metido esas cosas en la cabeza! Siempre se nos ha enseñado que el hombre no puede saltar fuera de su sombra.

—Deseo ganar mucho dinero, vestir bien...

—La ropa —repuso la madre— es solo un signo externo, Hamet, lo que importa es el corazón.

—Lo sé.

—Hijo mío, el dinero no da la felicidad.

—¿Y su falta sí, madre? No quiero pasar mi juventud sin tener aspiraciones.

Cuando Hamet acabó de pronunciar la última frase, la madre ya estaba preparando un fardel con un poco de comida: tortas de pan, un trozo de queso, dátiles e higos secos.

Después, le dio un abrazo maternal y le aconsejó:

—No te metas en líos. Si tienes que regresar, para nosotros no será una deshonra. Despídete de tu padre, estará trabajando en la curtiduría. ¿Llevas las señas de tus tíos?

—Aquí las llevo —y se señaló el bolso derecho del pantalón.

Hamet se marchó de casa de repente, para aliviar el dolor de su madre.

Para sus tres hermanos, más pequeños que Hamet, su marcha no sería dramática; al contrario, les abriría una puerta a la sorpresa y a la imaginación. Pensarían que Hamet podría conocer otros lugares y otras gentes, sin importarles los sinsabores y penalidades que pudiera sufrir. Volvería cargado de noticias, regalos y fantasía.

En el rostro de Hamet se adivinaba la despedida y así lo entendió su padre sin necesidad de mirar el fardel:

—Que Alá te proteja, hijo.

Luego le abrazó y le dio su bendición.

Por la mente del joven no pasaba la realidad: muchos de los inmigrantes que intentaban el viaje al paraíso en una embarcación jamás llegaban a su destino. En múltiples ocasiones desaparecían para siempre tragados por el mar. La gendarmería contaba cadáveres a cientos, unos devueltos por las olas y otros fallecidos por inanición en el desierto, abandonados por los mafiosos sin escrúpulos. Como el guía de Fez no disponía del dinero suficiente para alimentar a esos buitres carroñeros, no miró en dirección a la costa, sino tierra adentro.

A pesar de no ser viernes acudió a la mezquita para rezar y recitar la profesión de fe en Alá. Allí pidió por los suyos. Hamet mantenía el espíritu religioso de la familia y como buen musulmán rezaba cinco veces al

día las oraciones a Alá, haciendo sus inclinaciones en dirección a la Meca.

Apenas salió del centro religioso, por un momento pasaron por su cabeza las imágenes más sobresalientes de Fez, una ciudad mágica que tenía encantados a todos los visitantes y que él tantas veces les había mostrado: la mezquita de Qaraouiyyine, un inmenso recinto con cabida para veinte mil fieles; la Medersa de Bou Inania, un colegio para estudiantes del islam que presentaba escayolas esculpidas y maderas nobles en su interior; la mezquita de los Andaluces, caracterizada por su minarete verde y blanco, que invitaba al recogimiento y a la oración; las puertas doradas del palacio real, que eran únicas y transportaban a otro mundo; el impresionante mausoleo de Muley Idris II, espacio sagrado en el corazón de la medina de Fez. En el barrio de los curtidores se le representaron las pieles puestas a secar, colgadas de las paredes, y las numerosas pilas de ladrillo de diversos colores que servían para remojar, lavar y frotar las pieles.

El recuerdo le sonó al muchacho a despedida definitiva.

A Hamet, por la mañana, le gustaba perderse por las laberínticas calles del zoco, estrechas y sinuosas, y se dejaba llevar por el instinto y el olfato, mezclando los múltiples aromas y olores que cubrían esa ciudad de las grandes sensaciones, a la par que foco imperial, intelectual y artesano. Sin embargo, sentía mayor goce al recorrer su ciudad al crepúsculo, cuando el sol cubría de ocre y de rojo las cascadas de los tejados y de las cúpulas.

Como Hamet no había reunido los dírhamns necesarios para que las mafias organizadas y carroñeras le facilitaran el traslado a España en patera o en cayuco, tuvo que hacerlo por su cuenta, llevando en el bolsillo los billetes que había ahorrado trabajando de guía; el resto de lo logrado se lo había dado a su madre para alimentar a la familia.

El trayecto de Fez a Taza lo hizo en autocar, confundido entre los muchos pasajeros que abarrotaban el vehículo, una tartana de pintura indefinida e innumerables abollones que rugía más que un lobo en celo.

Entre las personas y los enormes bultos negros que les acompañaban no quedaba espacio para respirar. No obstante, Hamet, acostumbrado a estas aglomeraciones cuando montaba en autobús o en un taxi colectivo, no dio importancia a la incomodidad. El coche se detuvo de improviso en mitad de la carretera sin que ningún pasajero se extrañara. Bajó el conductor, echó dos garrafas de gasoil en el depósito y prosiguieron camino. El de Fez también consideró normal esta acción, lo mismo que viajar por una carretera donde

había más baches que espacios firmes y donde las señales de tráfico se hallaban de vacaciones.

Anocheceía cuando llegaron a Taza. A pesar del calor reinante durante el día, a esas horas se notaba un ligero y agradable frescor que invitaba a pasear. Hamet se adentró en la ciudad, perdiéndose por sus calles, mirando los edificios y a las pocas personas que transitaban por las aceras. En una fuente pública bebió agua en abundancia, realizó las abluciones pertinentes y posteriormente rezó la oración de la noche. Se sintió inmensamente relajado.

Una casa medio derruida a las afueras del lugar le sirvió de habitación. Allí se escondió apenas la noche cubrió la ciudad. Había unos cartones y un cobertor viejo, muestra evidente de que alguien había dormido allí. Comió una torta de pan, un poco de queso y unos higos. Pronto le venció el cansancio. La impaciencia y la ansiedad le vinieron a visitar: se hallaba en el centro del campo de un inmenso estadio de fútbol, vestido con pantalón azul y camiseta amarilla, a punto de lanzar una falta directa desde fuera del área. La situación de la barrera de los jugadores del equipo contrario había dejado un hueco por donde Hamet debía colocar el balón. Dio tres pasos atrás para coger carrera e inconscientemente se miró las botas: las tenía rotas y le entraba frío en los pies. Se dio media vuelta en la cama de cartón y sintió el frescor oscuro. En el estado de vigilia se le amontonó todo lo que había dejado atrás: la familia, los amigos, Fez, un cúmulo de todas las sensaciones de la ciudad con sus zocos, su medina y la plaza Neyyarin, donde se reunían los jóvenes en torno a su extraordinaria fuente para conversar y mirar a las chicas, y también Jadiya. ¿Quién era Jadiya? Una joven que le sonreía siempre que se cruzaban sus miradas. Su trans-

parencia le hacía flotar en una nube rellena de algodones.

Al primer rayo del alba salió del escondite. Buscó una fuente donde se lavó las manos, la cara, los brazos y bebió cumplidamente. Realizó las cuatro posturas principales que manda el Corán —de pie, inclinación, prosternación y posición sentada sobre los talones— y recitó la profesión de fe en Alá y otras oraciones. Se sintió purificado y a continuación abrió el fardel de la comida y en su fondo tocó unos papeles: un puñado de dírhams que le había metido su madre. Solo un ser generoso podía desprenderse de ellos a pesar de necesitarlos. Se le cayó una lágrima de cariño y alegría. «Se los devolveré convertidos en monedas de oro —pensó emocionado—, sé que triunfaré jugando al fútbol. ¡Todos me aclamarán como a un héroe nacional!». Mientras comía unos dátiles sentado en un banco de piedra, se despidió del cuscús que tan primorosamente preparaba su madre a base de sémola de trigo con verduras, pollo o cordero, según los días. Le entró sed solo de recordarlo y bebió para mitigar la añoranza.

El milagroso dinero aparecido en el fardel le hizo cambiar de planes. Preguntó por la estación de trenes. Antes de dirigirse a ella, recorrió la parte vieja de la ciudad, donde abundaban los monumentos, maravillas y curiosidades: las murallas, los zocos que empezaban a llenarse de vida, el llamativo minarete de la Gran Mezquita... Hamet se convenció de que cada ciudad tiene su particularidad y su belleza.

Tuvo que esperar dos horas hasta que el tren partió en dirección a Oujda. Se alegró pensando que el viaje sería más rápido y cómodo de lo que él esperaba. Tenía por delante más de doscientos kilómetros, tiempo suficiente para admirar el paisaje, pensar y soñar. Ante

sus ávidos ojos fueron apareciendo bosques de alcornoques, enormes cedros, helechos de gran altura; al fondo se veían fuentes, cascadas y lagos, todo un disfrute para el ojo humano. El de Fez desconocía que la naturaleza hubiera sido tan espléndida con algunas tierras de su país.

Los pasajeros charlaban en voz baja y Hamet les miraba de reojo. Era la primera vez que viajaba tan lejos de Fez, solo se acordaba de una ocasión en que tuvo que ir a Khemisset a ver a un familiar. El traqueteo del tren le hizo sumirse en un profundo sueño y el joven soñador cayó rendido.

Al despertarse, un anciano explicaba a sus acompañantes que él había viajado mucho y conocido muchos mundos. «Si ahora fuera joven —insistía—, iría a Europa a probar fortuna y a conocer otras gentes. Al perro que tiene dinero se le llama señor perro, dice el proverbio». A Hamet la indumentaria árabe y la nariz alargada del anciano le recordaron a su padre, que se resistía a abandonar la chilaba, las babuchas y el turbante. Decía que el cambio de ropa por la occidental era solo para los más jóvenes. En efecto, de los viajeros de la misma edad de Hamet que iban en el tren solo uno lucía una chilaba muy ligera; el resto, camisa, pantalón y zapatos o playeras.

Oyó comentarios sobre la emigración y sus consecuencias, algunos muy pesimistas, relacionados con el desconocimiento del idioma y el indigno trato recibido por los que abandonaban su país. No le desanimaron. Él siempre había defendido ante sus amigos que el fútbol, su auténtica pasión y el móvil de su partida, tenía un idioma universal y no entendía de colores.

En Oujda tomó un vaso de té a la menta más por necesidad que por gusto. Debía estirar cada dírham

como si fuera goma. No sabía con cuántos contratiempos e imprevistos se iba a encontrar en su recorrido hasta la tierra anhelada y con algo de dinero los solucionaría mejor. Además, había reservado unos billetes para poner tierra por medio, esos eran intocables.

Las gentes de Oujda, la ciudad fronteriza con Argelia, son un ejemplo de amabilidad y así lo comprobó el de Fez cuando preguntó por el bulevar Mohamed V y un anciano lo acompañó. A pesar de no tener mar, sus habitantes llaman «mar de Oujda» a una enorme fuente, habitualmente sin agua, donde los niños juegan al balón mientras sus madres comen pipas y se ríen de la realidad. Hamet imitó a los vecinos del lugar: paseó por el bulevar.

Al caer la tarde, Oujda tenía el encanto de todas las ciudades marroquíes: misterio y aventura. La falta de iluminación lo favorecía. Se cruzó con dos mujeres que le descubrieron el rostro y le sonrieron. Pero no quiso dejarse llevar por la facilidad de unas palabras amistosas y lisonjeras.

—*Salam, salam* —saludaron.

Hamet dio el último paseo por la ciudad y cuando la noche cubrió con su manto calles y plazas, se retiró a descansar a un parque donde había otros jóvenes que le acogieron bien. Se tumbó en un banco y se cubrió con un plástico. Como la temperatura era suave, pudo conciliar el sueño. No obstante, se despertó varias veces a lo largo de la noche obsesionado con que le podían robar lo que tan celosamente guardaba.

Apenas se colaron entre los árboles los primeros rayos del sol, el joven, inquieto, se desperezó, cogió lo poco que le quedaba en el fardel y acudió al zoco para empaparse de la vitalidad del nuevo día. Un té a la menta devolvió a su cuerpo la energía repleta del día anterior.

Continuó el viaje a pie, soñando con ver el mar. Pero ahora eligió carreteras y caminos secundarios para no dejarse ver: no quería ser detenido e interrogado por la policía, que podría considerarle sospechoso de lo que no era. Sabía que en cualquier momento los policías marroquíes podían efectuar un control por sorpresa y fijarse en él. Un simple interrogatorio hubiera echado abajo todos sus planes y se habría esfumado el sueño de ser un famoso jugador que corría por la banda izquierda y centraba para que el delantero centro rematara a gol. Ahora, si tuviera que elegir su jugada preferida, sin duda se quedaría con el pase de la muerte: desde la línea de gol, un jugador próximo a la portería da un pase hacia atrás para que un compañero marque un tanto a placer. Había visto esa magistral jugada en la televisión, en el escaparate de una tienda de electrodomésticos, desde la acera, y se había quedado con la imagen bien grabada. Nadie la bordaba mejor que los brasileños. Su rapidez y alegría en el juego les facilitaban su perfección. Él, siempre que podía, les imitaba a su manera. Hubiera dado cuanto poseía por jugar al fútbol en un equipo reconocido. Lo había mantenido en secreto entre sus amigos. También había ocultado a sus padres su verdadero deseo de abandonar Marruecos: ser un futbolista famoso. Lo hubieran considerado como una quimera y le hubieran tachado de insensato.

Para él fue una sorpresa el paisaje cambiante que le saludaba: a pesar de la sequedad del terreno, los campos estaban sembrados de cereales y se veían muchos olivos y cítricos.

La fruta que se encontró por los caminos le sirvió para reponer fuerzas. Comía lo que le cumplía y echaba otro poco al fardel por si se quedaba sin víveres.

Como se encontraba firme y seguro de la decisión que había tomado, saludó contento a un hombre que iba en burro y se detuvo a conversar con él:

—*Salam* —habló el joven.

—*Salam*.

—Si no tiene inconveniente, nos haremos compañía. Voy a Berkane.

—Todavía te quedan kilómetros. Será mejor que descanses un poco.

El hombre le dejó subir al animal.

—Gracias, buen hombre.

—¿De dónde vienes?

—De Fez.

—Es una ciudad acogedora.

—Como casi todas las de nuestro país.

—Dicen que es muy bulliciosa.

—Sí, tiene mucho movimiento.

—¿Tu destino definitivo es Berkane?

—No, voy a Nador —dijo sin pensarlo, tal vez traicionado por la amabilidad del caminante.

—¿No serás tú uno de esos jóvenes que prefieren la vida y el derroche europeos? ¿De esos que abandonan los preceptos religiosos para dejarse llevar por los vicios y la opulencia?

El interrogado optó por esconderse detrás de un proverbio que había aprendido de pequeño: no abras los labios si no estás seguro de que lo que vas a decir es más hermoso que el silencio.

El hombre siguió insistiendo:

—Todos quieren vivir como príncipes y se olvidan de que Alá ha reservado a cada uno su lugar en la tierra.

—No es esa mi intención.

—¿Por qué contrariar la voluntad de Dios? Aunque se críe entre leones, el perro siempre será perro.

Hamet no le dijo la verdad porque no quería que el anciano le tachara de soñador y poco amante de su tierra.

—No, no —mintió Hamet—, voy a ver a un familiar de mi padre que está muy enfermo.

—Que Alá le proteja.

—Es un primo de mi padre por el que siente especial afecto.

—Los familiares debemos ayudarnos y querernos, ese es el deseo del Altísimo.

El anciano insistió en que cada uno debe vivir en su tierra y con los suyos. Aspirar a aquello para lo que no estamos destinados es contrariar a Alá.

Después de un largo monólogo, en el que volvió a criticar el modo de ser de los jóvenes y recalcó los dogmas de fe del credo musulmán, sacó un fardel que tenía en las alforjas del burro y compartieron unas tortas de pan, avellanas y dátiles. A partir de ahí el camino se hizo más llevadero.

GERMÁN DÍEZ BARRIO

Germán Díez Barrio, palentino afincado en Valladolid, es licenciado en Filología Románica e imparte clases de Lengua y Literatura en el instituto vallisoletano Galileo. Es coautor del Proyecto Silos de Lengua y Literatura para la ESO (Anaya). *Saque de esquina* hace el número 40 de sus libros publicados. Los demás se reparten entre narrativa, teatro, lenguaje popular y adaptaciones de textos clásicos para jóvenes. Varios de sus libros de narrativa infantil y juvenil han obtenido gran éxito, entre ellos *El burro Pernales*, *No te engañes* y *Un verano fascinante*. Díez Barrio ha trabajado como guionista en Radio Nacional de España varios años.



CARTA AL AUTOR

Los lectores que deseen ponerse en contacto con el autor para comentar con él cualquier aspecto de este libro pueden hacerlo escribiendo a la siguiente dirección:

Colección ESPACIO ABIERTO
Grupo Anaya, S.A.
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid